



Luis Oyarzún

M E D I O D Í A

Colección Extremo Sur / Santiago de Chile / 1958

COLECCION EXTREMO SUR

Luis Oyarzún / M E D I O D I A

© Luis Oyarzún, 1958
Inscripción Nº 20.528
Prensas de la
Editorial Universitaria, S. A.
Ricardo Santa Cruz 747
Santiago de Chile
Proyectó la edición M. AMSTER

Luis Oyarzún
M E D I O D I A

1 9 5 8

I N D I C E

Museo de Bellas Artes	9
Cementerio de Highgate	15
Arqueología	17
Piedra del Sol en San Pedro de Alcántara	18
Atmósfera	19
Aire libre	21
Mañana de primavera	23
Renacimiento	24
En la primavera de los cielos	26
Ceguera	27
Fidelidad	31
Crepuscular	32
Contraste	33
Veraneo	34
Bajo la lluvia, el tiempo	35
Nochebuena	37
Tres nocturnos	38
Perro	40
Perro vagabundo	41
Highgate	42
Kew Gardens	43
Hyde Park	44
St. James Park	45
Ebury Street	46
Punta Arenas	47
Taxco	49

Venecia	50
Morir	51
Plaza	52
Paseo	53
Descanso	54
Plaza de pueblo	55
Soneto	56
Versos de amor	57
Amor en invierno	62
Rostro en el agua	64
Tobías y el ángel	65
Flor	66
Amor en invierno	67
Canción	68
Un día nos iremos	71
Cada cosa me atrae	72
Esta noche estamos juntos	73
Deseo	74
Silencio de la medusa	75
Río Valdivia	75
Figura	82
Destino	83

DESDE lejos lo veo entre las galerías.

Allí esculpe delfines en columnas de piedra

Y está grabando sellos sobre marfil y cera.

Desde lejos lo veo.

Allí estaba cantando en las fiestas del vino,

Acostado con una mujer, durmiendo a golpes.

Allí engendra a sus hijos, inspirado, borracho.

Mas engendra también hijos de mármol,

Idolos de cristal, dioses de bronce,

Madres de terracotta roja.

Desde lejos lo veo. Vedlo danzando.

Sus manos modelaron con tierra el sueño de sus ojos.

No se deja morir. Nunca está quieto.

Amansa toros y caballos salvajes,

Afila hachas de piedra, pule torsos de efebos.

Allí está trabajando entre jaulas de pájaros,

Guardando el vino en ánforas para la otra vida.

VEDLO mirándose en su espejo.

Quiere amansar la muerte.

Qué bien se mira el rostro en las cavernas,

Qué bien se mira en aguas, escudos o pantallas.

Se mira entrelazado con vides y serpientes,

Disfrazado de león,

Vestido de lagarto con los ojos cerrados,

Ungido sacerdote o monarca,

En este mundo o más allá,

Mirándose,

Preservando su efigie con máscaras de ónix.

¡Cómo se mira adentro con los ojos cerrados!

No se quiere morir.
Mirad los labios fijos de Akhnatón,
La mirada perdida del hechicero maya.
No se quiere morir.
No quiere que sus huesos se quemen en la tierra.
Quiere aplacar la muerte con flautas sibilinas,
Con caretas de arcilla, con pisadas de seda.
Se desdobra con sueños en un candente espejo,
Mirándose, admirándose, insomne,
Araña que se busca en su tela.
¡Gallos egipcios, gansos etruscos, caballos de Micenia!
El espejo os permitió estar vivos.
Alabad la eternidad de los ojos que miran.
Adán y Eva permanecen juntos y Caín no se borra.
El criminal en fuga se adereza y se mira.
La cautiva se mira entre los galeotes
Y se mira el que parte en las barcas solares.

VEDLO mirándose,
Amasando el pan, azotando esclavos,
Celebrando el verano y el vino.
Desde cerca lo veo,
Mirando la crueldad y la dulzura,
Vestido y desnudo,
Segando el trigo, fermentando cebada,
Retirando la red colmada de pájaros acuáticos,
Pescando con arpones a la orilla de un río,
Lanzando flechas desde un carro dorado,
Mirándose, insomne.
Qué bien se mira, cuánto se mira.
No se quiere morir.
Se disfraza, se muda, se pone ojos de jade,
Un collar de cormoranes de oro,

Se hace caimán, buitre de dos cabezas,
Jaguar, cisne, paloma.

Se cubre durante un mes con la piel de su enemigo,
Se mira arrodillado en medio del laberinto.

Con turquesas y conchas imita un rostro humano,
Mirándose, insomne.

Aborrece la arena, el humo, la ceniza.

Ama la piedra, el bronce, el papiro, el añil resistente.

Mira su cara en el pozo entre los sicomoros

Y pone en el techo de su casa las estrellas del cielo.

Inventa coronas rojas, diademas de oro florido, pelucas

de seda.

Bebe en piedras preciosas ahuecadas y en cráneos

enemigos.

Labra amorosamente joyas funerarias,

Viste con opulencia a los muertos y a los mártires.

¡Cristo muere cubierto de ropajes espléndidos!

No habrá luto en la muerte. El no quiere morir.

No se deja morir.

Se mira eternamente insomne.

UN CRÁNEO de cristal me fija con grandes ojos
huecos.

¿A quién mira el guerrero con máscara de águila?

Está durmiendo y grita.

Está durmiendo y lucha con el águila.

Terminará la muerte en el ónix eterno.

Eternamente un mono de turquesa se sujeta la cola,

Eternamente grita en la oquedad de mármol.

Aquí se mira el mago en su espejo de conchas.

El mármol es el día de los ojos que vieron.

Duerme el dios cocodrilo con cabeza de buitre.

Nunca más volará el hombre con cola de paloma.

Murieron ya los hijos de la fuente de piedra.
Se fueron las palabras, los vagidos, la sangre.
Sólo queda la boca de la fertilidad,
La doble boca inmóvil con sus labios abiertos,
La boca que musita la creación del mundo.

LA TIERRA engendró iridiscencias en un vaso de
Siria.

Apareció un lila en armonía con el ocre viejo de la
tierra.

Verde musgo de árbol podrido,
Turquesa, índigo de cola de pavo real,
Todo gastado, atravesado por fulgores
De una luz que nace ahora mismo del vidrio.
Cada grano de sal emite luz.
La misma substancia que el ave del paraíso envía a su
plumaje

Reverbera aquí, verde de escarabajo, oro de liquen,
Laca y topacio reunidos.

MIRO un arco deshecho sobre unos árboles desnudos.
Tanto ángel sin vuelo, tanta madriguera sin habitante.
¡Estatuas decapitadas!

Un dragón os cortó la cabeza en buena hora.
¿Por qué eternas? Os dio vida la cabeza arrancada.
Tanta crucifixión, tanto apóstol, tanta virgen doliente,
Sin Israel, pesebre ni quebrazón de cañas.
¡Mono con banda imperial y media luna!
Alrededor del Unicornio crecen los árboles.
Se carga el naranjo del jardín.
Ladran los perros, caen las bellotas,
Un león con capa se ríe a carcajadas mostrando su

bandera.

El Unicornio mira al cielo
Y la dama sostiene un halcón en la mano.
El cielo sembrado de arbustos floridos
Está lleno de leones y gacelas.
Florece la tierra y el cielo.
Vuelan faisanes por el aire frondoso.
Un perro cazador escucha entre las constelaciones.
La doncella en azul toca el armonio contra el cielo rojo.
El Unicornio observa. Hasta que al fin
Sobre el leopardo y la ardilla
Posa sus patas en la falda de su amada.

BUSCASTEIS una eternidad de esmalte.
Crucificáis a Cristo en cruz de plata,
Con ojos de amatista y marfil.
¡Tanta moneda, tanta rosa de oro!
De tanto apóstol guardo sólo colores sin historia,
Mi cara que se mira en el más viejo espejo.
¡Tanta cosa perdida! ¡Tantos amores viejos!
Déjame resbalar sin tanto peso,
No me prestes calvario ni armadura.
Déjame enloquecer tranquilamente.
¡Déjame devorar mi libro de horas!

UNA PUERTA falsa separa la vida de la muerte.
¡Aún miran los ojos pintados en el cedro,
Esos ojos oscuros, impasiblemente!
Quise vencer al tiempo con la inmovilidad.
Busqué el basalto más negro
Para que mi reposo fuera tan secreto como una caverna.
Me tendí bajo la arena con palomas esculpidas en mi

pecho.

Mis grandes orejas abiertas como conchas marinas

Recogen las palabras que la arena musita a los dormidos.
Hice alado al mono cinocéfaló para volar con él.
El sol del desierto calienta mis pies de granito rosa.
La luna los refresca. Los chacales aúllan.
Mientras yo permanezco, el Nilo fluye.
Mas yo no sabía que hasta el basalto pasa.
¿Qué podía elegir? Ahora espero mi segunda muerte.

ME TEÑÍ con todos los colores de la tierra, de los
animales, de los árboles.

Sentí la necesidad del arcoiris
Y quise unir temblando en plumas de violeta y de rojo
Todas las esferas visibles e invisibles.
Quise besar lo inasible de un labio
Y alimentar mis ojos en el hirviente rojo de mi Padre
infinito.

¡Todas las formas me dieron realidad y me oprimieron!
Me hice filiforme, volé vuelto libélula
Y, hormiga, abrí túnel y túnel.
Fui vilano, espuma de la ola, firmamento estelar.
Pero el éter no me trajo el olvido
Ni me dio el mármol una memoria perfecta.
Toda forma creada por mí volvió a crearme
Y me oprimió con la crueldad del parto.
A pesar de la tinta, de la arcilla, del bronce,
No me recuerdo bien.
En el color más puro mi olvido no es perfecto.
¡Hasta en el más profundo sueño, sueño conmigo!

Crece la hiedra entre las tumbas,
Sobre las piedras deshechas por la lluvia.

El mármol también se cansa de proteger la intimidad
de estos cuerpos tendidos,

Bajo los tallos helados.

Mueren sobre la paz de los muertos las ánforas en que
ninguna boca ha bebido,

Las lámparas de aceite no alumbradas,

Los ángeles de granito,

Las vírgenes protegidas por cipreses.

¿Saludarán los gorriones a estos muertos?

Una tórtola eligió un hueco entre losas para esponjar
sus suspiros de amor.

La primavera llega con ruido de abanico.

Una paloma al sol abre sus alas.

También aquí contesta el aroma florido al galanteo de
la tierra.

La madre selva responde ya con brotes

A la luz que brilló para ella en el rostro del sol.

El sol regresa.

Preñada está otra vez la dulce tierra

Y los nombres salen de la boca de Dios.

Este es el círculo de los vivos y los muertos,

La conversación de los vivos y los muertos.

Esta es la antigua representación con dos personajes

En un escenario de piedra musgosa.

Aquí están juntos los hijos y los padres que al fin
saben dormir.

Un sauce creció con fuerza entre sus dos epitafios,

Pero los dos se unen y se hablan entrelazados por raíces.

Ya se abren las pequeñas mitras,
Las hojas que imitan barcas, corazones, mariposas,
pirámides, flechas.

Un mirlo bebe el agua que la lluvia dejó en el hueco
de una lápida.

La muerte juega con la vida,
Pero ahora es el turno de la primavera ansiosa.
Entre los sepulcros, un hortelano abre la tierra de
sembrar

Y un olor de pan atrae a los pájaros hambrientos.
La higuera afila los dientes de sus sierras.
Las semillas se rompen.
Aunque el musgo brille aún sobre las catacumbas
vacías,

La brisa del sur ya juega y las campanas matinales
Anuncian a los muertos la persistencia escandalosa de
la vida.

Unos gansos dormitan bajo el sol.
El agua que cabrillea refleja a un astro que correrá
sin cansarse por el cielo,

Fascinando laureles, olivos, viñas,
Con palabras cargadas de flores y de frutas,
Un astro que mueve bajo la tierra
Los deseos que Dios alzó de las profundidades.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Verano tras verano
Maizales y sandías
Y verdolaga umbría
En la duna crecieron.
El mar ofrece sales
A la siembra marchita
Y el aire le destina
Humedades nocturnas.
Ahora hay nuevos frutos
En la costa tranquila
Y el ojo que la mira
Tranquilidad encuentra.
Pero la arena oculta
Herramientas dormidas,
Destrozadas vasijas,
Pedernales yacentes,
Hachas de piedra, vida
Borrada por la vida
Desvanecida en flechas.
La mano belicosa
Murió en la arremetida
Y la flecha que hería
Quedó muda en la arena,
Inerte con la greda
Redondeada y batida
Bajo frescas sandías
Y maíces plateados
Que crecen en verano
Sobre olvidada vida.

DESDE LEJOS venían a saludar la piedra sol.
De los Andes venían, venían de la costa
Y en colina de rocas la miraban durar
Torneada por su Dueño a lo largo del día.
La gente que venía del desierto cansada
Dormía ahí la siesta y al sol lo agradecía.
Para el sol que no muda tenían piedra eterna,
Reloj sin muerte, guía de veranos y lunas.
Desde lejos venían a ver la piedra escrita.
Después se dispersaron. Huyeron a las costas,
Por Cordillera huyeron y la piedra dejaron,
Un astro abandonado sobre la tierra ardiente,
Un sol con boca y rayos parado en la colina.
Aquellos que llegaron a San Pedro de Alcántara
Palmas de miel plantaron y vides enroscadas,
Frutos del sol eterno que muda el agua en vino.
Del sol se alimentaron y por el sol vivieron,
Mas no vieron al astro de piedra en la colina.

DE REPENTE he quedado sorprendido del aire.
Tan lejos vive en cielos, tan adentro de mí.
No sé qué desenfreno de carrera insondable
Se despierta si va mi aspiración al aire.
Contemplando abandono lo que soy. Si respiro,
Me enajena la dicha de volar para siempre
Y es tan fuerte el deseo de mi pecho que el aire
Su sola herida tiene, el aire de mi pecho.

ALTOS aires que al fin me hacéis cautivo
En carrera sedante por el cielo,
Jamás os detenéis ni estáis cansados,
Aunque suspire en su prisión la tierra.
Altos aires que al fin me hacéis cautivo,
En la altura gozáis de vuestro juego.
Derribe yo el vallado de esta sombra
Si quiero oler el céfiro divino.

ESAS NUBES que el alto sol traspasa
Atraviesan mi pecho y lo iluminan.
En el aire sin mancha se dilatan
En rápido suceso nacaradas.
Ved al día, que es nube fugitiva,
Correr en paz por el profundo cielo.
Esas nubes que vuelan traspasadas
De luz y de mutismo, son su historia.
De un divino deseo el sobresalto
Por los ojos penetra y no se escapa.
Todo cuerpo desea su contacto,
Besar sus senos y morir más tarde.

¿Dónde vivir mejor que en su carrera
Respirando a Dios Padre en alabanza?

UN OLVIDO sin fin engendra el vuelo
Si el ojo sin memoria y sin destino
Entra en el aire del volante fuego.
Ya nada ataja a las antiguas alas
Que en el furor naciente van brotando.
El fuego de la tierra arde en la sangre.
Sobre el velo de un mar jamás mirado
La luz germina con pasión extrema
Mientras recobro en vuelo mi destino.

ESTE CIELO que viaja hacia sí mismo
Qué larga sed despierta,
En la luz infranqueable de su distancia sola
En donde el mar su resplandor declina.
El cielo se divierte en su infinita fuga.
¿Renacerá algún día en cielo mi mirada?
Respirando una edad sin fin creada,
El cielo se divierte en su infinita fuga.

EN UN DIA tan claro no hay pecado,
Deseo ni voluntad. Sólo el presente
Brot a los pies del mar.

Adoremos al sol sin pensamiento.

Adoremos al día que el sol crea,

Fijo en su paz, cristalizado en dicha,

En luz y en aire cenital ungido,

Hondo de agua, en tierra sostenido.

El mar, el aire, el sol son dioses nuestros,

Diosa mayor la tierra

Y dios el viento.

El cielo se ha confundido con el mar.

Coronados de musgo y de espuma,

Nademos en perfecto silencio.

El mar hace ondular sus selvas,

Respirar sus campanas

Y la espuma se solaza en el cielo

Con la efervescencia de la luz

Que atraviesa las alas de los pájaros.

Seamos ahora el júbilo de los horizontes extendidos

Por nuestros deseos invencibles.

Me gusta estar tendido en el fondo del agua,

Hundido en la onda fría que conmigo reposa.

Estar tendido como una roca,

Velado por el polvo del agua.

Yacer como el amor, al aire libre,

Y responder, como la luna, al sol.

Estar en paz, vencido,
Por el agua que mezcla su vacío a mi sed.
Ondular con el agua y ser su transparencia
En un sueño de muerte cristalina.
Respirar, tendido, el alimento de la desnudez.

ES TIEMPO de dormir bajo la luna llena.
Es tiempo de dormir como un pastor,
Como cansado segador de trigo.
Dormir soñando lo que alumbra la luna.
No velar y dormir. Con grandes ojos
Magnetizar al buho de la noche
Y transformarlo en ánade del sueño.
Me dejaré llevar por esta luna llena
Con las manos abiertas y vacías.

ACOSTADO a la sombra de una encina,
 Repetiría el brillo de sus hojas.
 Escuchando al zorzal en la espesura,
 Quisiera poseer su transparencia.
 Hoy es suave hasta el vuelo del milano.
 En la tierra entregada el sol penetra
 Y el cerezo florido se deslumbra.
 Luz sin quebrantos convertida en aire,
 Tordos ocultos en las altas hierbas,
 Despiertos jugadores matinales
 Que con el cielo cruzan la mirada,
 Cread en mí la luz de la mañana.
 Ser encina, zorzal, cerezo, brisa,
 Ser la mañana pura bajo un árbol.

OTRA VEZ como en tiempos de sed ya satisfecha
 Despiertan a la luz los follajes oscuros.
 Otra vez en su ropa de hojas suspira bienherido
 El dios de ojos entreabiertos que a su pasión retorna.
 Tan pura es la palmera como el ansia aturdida
 De raíces que saben hacia dónde crecer.
 El cielo desenvuelve la razón de sus actos,
 Ser el rostro del sol para cuyo deseo
 Abanicos despiertan, filtros de hojas,
 Flores que huelen el pensamiento oculto
 De los sabios designios terrenales
 Y el ignorado afán de los seres celestes.
 Otra vez, como en tiempos de sed,
 La luz despierta al vuelo los follajes oscuros.

CONGOJA de una perfecta primavera
 Que brota de sí misma, ciega.
 ¿Transfiguras mi suerte? ¿La devoras?
 ¿Me empujas a perderme ahogado en el cielo?
 ¿Soy dios, soy animal, soy ángel
 Para vivir contigo?
 Yo no traje tus hojas,
 No salieron de mí tus mariposas
 Ni he calentado al sol.
 ¿Por qué me tocas?
 ¿Por qué te burlas de mi mano ulcerada?
 ¿Por qué mueves mi sed y no la alumbras?
 Las aguas que desatas en el monte,
 El vaho animador de las alturas,
 El musgo que haces brillar en las raíces,

Tu rumor de oro hirviendo en el aire,
Tu rostro de certeza,
No cambian mi fortuna.
Los astros te repiten una vez y otra vez.
Mi primavera, en cambio, no es sino una pregunta.
No respondes.
Tu corona me fija a las tinieblas.

Ramajes siderales estallan,
 Altramuces, campánulas,
 Racimos de glicinas.
 Crecen espigas desordenadas,
 Vacíos interiores se colman
 Como frutas ardientes
 En la primavera de los cielos.
 Astros vagabundos sembraron
 Entre el Can Mayor y la Sirena.
 Tembladeras, ciclámenes,
 Jacintos y verbenas
 Inundan la primavera de los cielos.
 Cada semilla echa sus brotes,
 Abren rosas que ondulan,
 Cada fluido florece
 Entre las nebulosas.
 En la primavera de los astros
 Cada flor tiene su cielo.

Los ojos necesitan renacer en las flores,
Extraer de la tierra la luz que los sustenta
Para negar con ella a su contrario.
Pero el ojo es oscuro y la luz no lo alumbra,
El ojo visionario para sí mismo es ciego,
Una mano cerrada sobre el día,
Cautivo de la luz, sombrío entre las flores.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EN EL JARDÍN las gotas de lluvia se dividen
Como el canto en la garganta de los pájaros.
Cada flor purifica su perfume, cada charca su luz.
Oyese el trabajo del musgo sobre las murallas.
La secreta caída de las lilas.
Mis ojos cubren multitud de cielos.
En cada mirada un ángel se me vuela.

DORADO ESCUDO del escarabajo.
Sus colores se agitan bajo el mutismo de la luz
Que acelera su marcha.
En sus arterias refulge el sueño capital de los insectos.
De pronto, la potencia de su vuelo.
Sus alas revelan la virtud de la luz,
Cascada vertiginosa de sí misma.

LAS LILAS CAYERON al fondo del parque,
Gastadas,
No bien vistas aún, no bien queridas.
Nadie permaneció toda una noche,
Nadie se fugó con ellas.
Los amantes miraron, se vieron y pasaron.
Una dama anciana disfrutó del éxtasis,
Mas logró recobrarle en su alcoba de vidrio.
Los pájaros se unieron en el aire y partieron.
Las hormigas subieron por el tronco,
Indiferentes al perfume.
Cada abeja, golosamente, se llevó su parte
Hasta que las últimas lilas cayeron en la hierba
Gastadas por el deseo de sí mismas.

EL FONDO DE LA TARDE abre el fondo del mar.
El cielo desteje la alegría del aire.

Brillan zapallos negros entre las malezas.
Se oscurecieron todos los racimos.
Hasta que lanzo la mirada arriba.
Aspiro el soplo cortante de la altura.
Volando entre los aires que renacen,
Tejo en el cielo la alegría nocturna con los pájaros.

UN MUCHACHO pasea por su cuarto.
Las murallas indagan,
Tratan de penetrar en su reserva.
Sus decisiones no son rápidas.
El mundo lo azota,
Pero él no se rinde, no se rendirá.
Aun dormido es posible verlo sufrir.
Por lo demás, no duerme.
Desesperaciones contrarias lo despiertan.
A todas las recibe con la misma cólera.
Odia y ama.
Algunas palabras lo sujetan,
Otras palabras lo desatan.
Lo arrastra la corriente.
Cuando está solo,
Los muros de su pieza lo miran
Con ojos grandes y pequeños.
Cada batalla contra sí mismo lo cansa demasiado.
Como todos los jóvenes, es débil.
Interminablemente, pasea por su cuarto,
Interminablemente.

Bandadas de aves en vuelo
Sobre montañas que no os detienen,
Me dais lo inaccesible.
Cómo tendré que andar
Si parto fiel a un deseo imperioso.
Cuántos años deberé auxiliarme
Sólo con presentimientos.
Cuánta maceración
Para que llegue al fin
El mismo que debió partir.

ARDEN las montañas con fuegos oscuros.
Tras los humos de la ciudad en su cráter
El cielo espuela de galán se consume,
Se va de viaje hacia el fondo del mar.
Penetra en las olas, las espesa,
Las dora como a la carne el fuego,
Cautivo de una luz tan pesada
Que el cielo de la noche, liberado, corre
Y goza de su juventud.
¡Oh, tras la vejez del día,
La infancia de la noche!

Todo se ordena.
Los cielos se equilibran perfectamente.
El mar se estira de una costa a la otra.
La luz de la mañana se deleita a sí misma.
Las algas se alimentan y crecen.
Cada día sostiene a la gaviota.
Brillan los peces en la oscuridad del mar.
Sólo a él los párpados le pesan.
En el día más claro se le escapa el sentido.
Y se duerme sin luz sobre la arena de oro.

El mar se baña.
Cada ola en sí misma
Ebria y purpúrea.
Las montañas modulan
Su quieta melodía,
Repetidas en lila.
Es dorada la arena,
Un sinfín de pupilas.
¿Nadaremos, amigos?
¿Treparemos colinas?
Pero no es eso. No es
Nuestro aire lo mismo.
Algo sobra, algo falta.
No eres el cormorán,
No eres la roca.
No riges la mañana.
Las olas vienen,
Las olas van.
Las olas me remuerden
La conciencia empañada.
Suben, bajan, suspiran.
Nada exigen al pez.
¿Por qué a mí me impacientan?
¿Por qué me piden ser
El ángel que no soy?

BAJO LA LLUVIA, EL TIEMPO
Descansa, fosforescente.
La lluvia embriaga los ojos.
El cielo se desvela
Y al nacer cada hora
Hipnotiza a las plazas.
El tiempo se desprende
Sin su propio peso.
La medianoche brilla
Con transparentes pies,
Mientras baila en la cuerda
El soñador sin prisa.

UNA PIEDRA EN LLAMAS ilumina la arena
En medio de una tempestad de rocas.
El mar le grita a la gaviota,
Grita la gaviota al mar.
Cada uno le grita a su vecino
Entre los rojos puercos de las olas.
Un oscuro animal tapa a la luna.
A la sombra de una pantalla de ónix
Envuelto en la neblina de la espuma
El cielo da la fosforescencia de sus muertos
Y la tierra el peso de sus recién nacidos.
Al resplandor de combustiones sordas
El mar muestra la fría voluntad de su odio.
Un espectro tenaz tapa a la luna.
Salamandra de mármol o cigüeña,
Un oscuro animal tapa a la luna.

¿QUÉ HARÍAS tú con todas las olas del verano?

¿Qué harías, dinos, con el mar?

Pues esta noche danza como un trapecista.

Hojas de vid pusimos entre lirios de arena

Y duraznos en vino para alabar al mar.

¿Comprenderás, Señor, esta noche de fiesta?

Fuiste también un hijo descarriado,

Huiste de Dios Padre que los cielos ordena,

Hijo extraño venido a provocar desorden

En mar, ciudad y mesa de los hombres.

Mesa es la nuestra en Nochebuena extraña,

Mesa de mar y vid con lirios de la arena.

II

¿QUIÉN llora, Señor, en esta Nochebuena?

¿Quién llora en cada corazón, quién llora?

¿Quién llora cada vez que la ola se retira?

¿Quién llora cuando echan la red? ¿Quién llora?

Si abris la puerta, si la cerráis. ¿Quién llora?

¿Quién llora si reís? ¿Quién llora a solas

Cuando la copa sube hasta los labios?

¿Quién llora en esta soledad de aguas

Y quién llora en la llama, quién llora?

¿Quién llora solo en mi alegría, adentro,

Adentro de la ola cada día quién llora?

Alguien llora, Señor, en esta Nochebuena.

I

BAILAN en remolino las palabras flotantes
 En el rojo cercado de la luna.
 La noche trae besos perturbados,
 Amenazas de labios, llamaradas, silbidos.
 El cielo siente miedo de todos los objetos
 Y de sus sigilosos mimetismos.
 Ya recogió el sol sus redes remendadas
 Y las puso en los sepulcros del amanecer.
 La atmósfera es una telaraña en la arena.
 Bailan en remolino las palabras flotantes
 En el rojo cercado de la luna.

II

UNA BARRACA al lado de la playa.
 Son las once de la noche y bailan
 Bailan el pescador y la señorita
 Bailan el joven griego y la crisálida
 De largas patas bailan
 Beben y el mar por su cuenta
 Baila, baila sordamente acostado
 Boca abajo bufando con orillas de luz
 Bajo una luna pesada que alumbra la barraca
 En que los pescadores antes de salir a la mar
 Beben y bailan.

III

Las manos acarician la balsámica piel,
 Promesa de la noche que cría en sus entrañas

El amanecer de un ciego abrazo.

Otro es el aire respirado por los cuerpos unidos.

Todo germina en vertiginoso cumplimiento,

Los pies que se adivinan, los labios juntos.

El aire envuelve al rostro en máscaras de fuego,

Fuego que viene y va en libertad de sueño.

Día y noche se funden en la sombría luz hermética.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SERÁ NECESARIO que estés un poco manchado,
 Que hayas vagado de noche por las callejuelas,
 Que hayas olido la podredumbre de la fruta en los
 puertos
 Y nadado por los canales sucios de Venecia.
 Que no seas inmarcesible y puro como el Can Mayor,
 Que tengas tierra en las pupilas verdosas,
 Que estés a veces soñoliento
 Y que con un gran bostezo te estires
 Oliendo otra vez la oscura aventura de la noche.

ENTRE los rieles crecen malezas
 Y él se esconde.
 Parecido a la luz de una brasa
 Como el carbón arrancado del espino
 Oscuro y rehusado al día
 Por la astucia nocturna,
 En el día se esconde.
 La noche lo libera,
 Entre montones de oro,
 De kaolín, de cobre
 En la estación desprovista de glicinas
 En que se esconde el vago de estaciones.

SOBRE LA LLUVIA surge el frío sol de acero,
Fijo en el cielo como un ahogado en el mar,
Rodeado por el océano que asalta
La corona de acantilados de las Islas Británicas.
Está el mar en el cielo
Sobre nuestras cabezas azogadas
Por la tempestad que silba entre los abetos.
El Mar del Norte juega en el vertiginoso cielo
Y sobre la tierra juega con las últimas hojas.
Vuelan las hojas a mi alrededor. El cielo gira.
Qué extraño es que mi cuerpo pese,
Que resista a la tentación de ser como las hojas
Un estremecimiento final en el vacío.

INMÓVIL en el centro de un parque devastado
Escuchas las campanas que atraviesan el cielo
Pesadas con la carga de aquel nombre lejano.
Tiemblan, sollozan, callan a tu alrededor
Mientras tú te estremeces y un solo pensamiento
Turba el nebuloso vacío de tu frente.
El viento no se atreve a chocar con el hielo
De la insomne mirada que en tu vista sorprende.
¿Qué deseas? ¿Qué buscas? ¿Cuál es tu maleficio?
A negras avenidas volverán tu mudez
Después de este descanso en que estás como un rey
Entre las hojas rotas que la lluvia ha podrido.

AH, TU RESPIRACIÓN también esta ciudad invade.
No hay soledad, no hay paz sin tu temido aliento.
¿Qué reclamas al fin, invisible, indiscreto?
Asedias mis oídos, mas no logras mudarme
Aunque una a una caigan tus hojas insistentes
O hagas gemir aceros y cabellos eléctricos,
Suspiros tremolantes de un firmamento ebrio,
No atiendo a tu temblor. ¿Por qué te mueves?
Oigo otra vez tus golpes sobre planchas de hielo
Como abiertos espejos que caen sobre el parque.
Eres tú quien trabaja, mas no te escucha nadie.
Vana es la majestad de tus pasos secretos.
También eres llevado como un pastor caído,
Contra tu amor llevado, inhábil peregrino.

LAS HÚMEDAS arañas de la tierra en desorden
Entrelazada en tallos y en espinas fugaces
Quieren rodear la dura garganta de la noche.
El cielo es su glorieta de gastados cristales
Que la hiedra destruye, salvaje enredadera
Cuyas voraces garras descubren alimento
En corrompido seno de enlazadas sirenas.
Hasta que alguna vez el rey sopla en su cuerno
Y despiertan unidos los tambores del rey.
Respira el ahogado en el pútrido foso,
Los muertos solicitan una nueva merced
Y tiemblan, nacarados, sus oscuros despojos.

PRESA DE SÍ, la luz del gas no tenía camino
Cuando la niebla nos hacía reír.
Perdidos en la seguridad de las calles
Por donde vagaban perros que no hallaban socorro,
Nosotros nos bastábamos a nosotros mismos,
Completamente huérfanos
En aquella orfandad de Ebury Street.
La luz interior era también oscura.
Las cortinas velaban la paz en desconsuelo
De nuestros ignorados.
Nuestra dicha residía en la arbitrariedad,
En aquella bruma del río
Que era como la libertad en los infiernos.

LO MEJOR no podía ser sino perderse
Por aquel camino cubierto de maderos podridos
Al lado de un mar cuya negrura resplandecía,
Bajo la lluvia que tan bien entendíamos.
Lo mejor era nuestra ignorancia absoluta
Y el extremo furor de una voluntad sin objeto.
Las gaviotas se habrían refugiado en los arrecifes.
Apretadas dormirían las nutrias
En los promontorios de humedad deslustrante.
Aun para los peces era difícil nadar con esa lluvia,
Con ese viento que raspaba las negras calles.
Nos consoló saber que allí estaba aún la *Andalucía*,
Velero de cuatro palos declarado inservible.
No podía haber cosa mejor que perderse.
Callar profundamente. Renunciar al sol.

OSCURIDADES vecinas a la congoja
En la tarde de una ciudad austral.
Oscuridad de los encierros en piezas con sueño,
Oscuridad del dolor en los cuerpos enfermos,
Oscuridad de la quietud, de la luz, de la virtud.
Sólo se escucha al viento.
Tristeza respirable. Nada pesa.
No hay nadie. Nadie
Sino sus alas sobre el mismo rumor
De plumilla que cae.
Sólo se escucha al viento.
Sólo él pasa, él sólo vive
Y en este barrio perdido
Las piedras fueron barridas

Por el viento que habla, grita y ordena
Hasta que yo mismo soy suyo,
Sólo suyo,
Del viento.

UN PATIO con un surtidor de piedra,
Un patio de arcos con un guacamayo,
Lejos del mar,
Mas con el mismo amor de la bahía.
Mi cuerpo está cansado como el día
Y tierno como la cerveza,
Preso de una perfecta paz
Que dura un solo instante.

LAS ORQUESTAS brillaban en la plaza vacía
 Bajo aquellos corceles galopando en campanas.
 Habíamos llegado con los últimos soles.
 Cada puente nos daba un nuevo escalofrío,
 Un reflejo de dicha desgarrada en el agua.
 Avidamente amamos el podrido esplendor,
 El oro enmalezado, el mármol corroído de hormigas,
 El olor consentidor del agua.
 Saboreamos los últimos frutos del otoño,
 Asís entrelazada en hiedras escarlatas
 Y entre tantas campanas una vertiginosa luna.

Ese vuelo nocturno me dolía.
¿Poema? ¿Anti-poema? No sé cuándo
Se apoderó la muerte de mi vuelo.
No me morí, pero no sé si escucho
Por la última vez esta cerveza.
Moriría en Flagstaff, lejos de todo,
De una muerte sin fin y sin salida
Escuchando la música del muro.
Volé sobre los Angeles con lluvia,
Me despedí de Bárbara en la niebla.
Ahora en Arizona me despido
Ya no sé de qué vida, lentamente,
Cuando el silencio sale de la máquina.

SOLEDAD SIN REMEDIO en esta plaza,
Soledad sin remedio.

Los negros cantaban detrás de los muros.

Ahora cae la lluvia.

La luna brillaba sobre sus cabezas.

No se oye ni un canto.

Esa gente tal vez fuera loca.

Los negros cantaban con lentitud

Entremedio de lentos silbidos.

Ahora la lluvia pudre las hojas

En la soledad sin remedio de esta plaza.

Un perfume de hinojos adormecía el aire
Cuando íbamos a casa a través de los campos
Y mi madre llevaba verbenas en la mano.
Cazábamos al vuelo las primeras estrellas.
Los bueyes se tendían en la hierba reseca
Y el agua del arroyo parecía más fresca
Al tocar nuestros labios transidos de deseo,
Un deseo sin nombre que animaba la sangre
Y que ardía en los bosques esa tarde.

EN ESA ALDEA perdida entre colinas
Recuerdo un invernal día tranquilo.
Tendidos en el patio, descansando,
Nos pasamos la tarde, sin palabras.
Era un día tan puro y tan perfecto
Que todo lo miramos y escuchamos.
Nuestra casa fundíase en el aire
Convertida en el cielo despejado.
En el fondo del día, como rueda
De molino invisible, percibía
El oculto rumor de mi existencia.
Compañero del mundo, al fin dormía
Con el cuerpo y el alma entrelazados.

TODO EL DÍA cantaban zorzales en la plaza.
Tú nunca hacías nada. Te pasabas el tiempo
Descansando con dulce fatiga y desconsuelo.
¿Recuerdas esos bancos que el musgo suavizaba?
Jamás oímos música sino canto de pájaros,
Sólo brisa que iba de una hoja a otra de los álamos.
(La plaza espía lluvias. Es víctima del sol
Y en las noches se hiela con desnudez de luna).
¿Recuerdas las naranjas pesadas que caían
Y la campana rota de la iglesia ruinosa?

ESCUCHARÉ sin prisa tu llamado
En la enroscada placidez del día
Pues estival el día no sería
Sin tu silbo de amor estrangulado.
El gallo canta al sol con desenfado
Y el queltehue estridente con porfía.
En cambio tú le das melancolía
Al verano de sol engalanado.
Escondida en la umbría de este huerto,
Tórtola enamorada, vehemente,
Al mediodía das tranquilo puerto.
Pero tu voz, desesperadamente,
El gozo del verano me hace incierto
Y una sombra fugaz pone en mi frente.

Un poema te doy y no otra cosa
 Para unir nuestras manos desunidas
 Y en versos, solo, el corazón reposa.
 Unos versos te doy y no otra cosa.
 Versos míos que a dicha no perdida
 Cantan y cantan. ¡Dicha desastrosa!

Amor aparecido, algo conozco
 Del sabor de tus labios,
 Pero me es más extraño
 Hoy que antaño, tu rostro.
 Amor aparecido, hablaste
 Todo un día conmigo.
 Pero siempre suspiro.
 ¡De ti nada se sabe!
 Amor aparecido, fuiste
 Por una noche entera
 Confidente de penas.
 Mi vida entera dije,
 La tuya me contaste,
 Mas todo fue tan poco,
 Todo será tan poco
 Cuando los días pasen
 Si no puedo romper
 El pozo de mi alma,
 Si no puedes romper
 El pozo de tu alma.

Extraño es que te haya visto
 Y no recuerde tu boca.

Extraño es que hayas hablado
Y no sepa qué dijiste.
Demasiado bien sabía
Que no vendrías.
Cómo tomar en la mano
Un soplo alado.
La mucha belleza es ciega
Para el que llega.
Tú acaso requerirías
Más armonía,
Más ciencia antigua, el aire
De otro donaire.
Demasiado bien sabía
Que no vendrías.
Extraño es que te haya visto
Y no recuerde tu boca.

Un bote desarbolado
Se mecía en la bahía
Y su vela difundía
En aguas oro y dolor.
Dolor de aguas, dolor
Que en ondas se estremecía,
Sabiendo yo que mentías.
Tú me pedías fortunas
Y fortunas regalabas.
Te habría dado la luna
Porque la luna me dabas.
Un bote desarbolado
Se mecía en la bahía
El día que me pedías
La luna, la noche, el día

Con ardor, sin otro amor
Que el amor de la bahía.

Detrás de tu sueño, el mar.
Detrás de tus sueños, cielos
Ignorados por tus sueños,
Sueños de nunca acabar,
Sueños sin forma, leños
Que a las olas piden paz.
¡Qué paz podrían jamás
Darte las olas! Su dueño
Te da calma y tempestad
Que yo no puedo juntar
Porque no reúno extremos
Pero que junta el silencio
De tu rostro al descansar
Junto al cristal, como el mar
Que en tu sueño es siempre el mar.

Nunca supe qué pedías
Aunque bien supe qué dabas.
Nunca supe qué querías,
Sabiendo que te deseaba.
Nunca supe dónde, adónde
Me llevabas y perdías
Hasta que vi cómo huías.
¡En todas partes te escondes!
Nunca supe qué pedías,
Aunque bien supe qué dabas.
Me dabas lo que querías
Y en lo dado me engañabas.
Pero no importa, jugabas
Y yo en tu juego vivía

Una vida que regía
La mano con que jugabas.
Nunca supe qué pedías,
Aunque bien supe qué dabas.

Algún día dirás que me has amado,
Algún día.
Algún día dirás que has despertado,
Algún día.
Algún día dirás que nos fuguemos,
Algún día.
Algún día dirás que estamos juntos,
Algún día.
Algún día dirás que alguien te llama,
Algún día.
Algún día dirás que todo cambia
Algún día.
Algún día dirás que me has amado
Algún día.

Que me amas siempre, pero que es la hora,
Que ya fue el despertar, fue ya la fuga,
Fueron la unión y el mar,
Y todo cambia,
Algún día.

Suena en la tarde azul el sol del cielo.
Extremo los sentidos. Quiero verte.
Extremo los sentidos. Quiero olerte,
Camelia del olvido que olvidara
En frialdad de invierno su fragancia.

Para mirarte bien yo miro estrellas,
Nublados archipiélagos del cielo

Obligados a olvido, a noche eterna,
Nocturna imagen de nocturno vuelo,
Zarza del cielo de violencia llena.
Amor no significa en este cielo
Lunar descanso ni plateado aliento.
Eterno es el lamento, eterno el ruego,
Zarza del cielo, amor en desconsuelo.

Mientras llueve,
Miro lo que no ha de volver más,
Como un hervor de espumas.
La primavera hizo sus flores sin trabajo
Y sin trabajo fuéronse los frutos.
Aquella bandada de pájaros
Se hundió para siempre en el cielo.
Aunque nadie quisiera
Cerrar su corazón en el olvido,
Llueve
Y miramos lo que no ha de volver.

AUSENTE y cuán lejos de mí,
 Si estamos juntos.
 Nevaba afuera.
 Cristales separaban nuestro fuego
 Del páramo infinito.
 Afuera, en el jardín, jugaba el frío
 Con las últimas hojas de la hiedra.
 ¡Qué lejos de nosotros nuestra dicha,
 Escondida en el fondo de lagunas heladas!
 Mirad la concentrada claridad del hielo,
 Mirad a los ausentes en los parques,
 Mirad cómo nos fuimos a la luna,
 Mirad qué juntos yacen,
 Entre el hielo y el fuego,
 ¡Los dos que en el cristal la nieve alumbra!

VEO TAMBIEN TU CARA en las fogatas de la
playa.

¿Dónde estás?

¿En qué lugar de la tierra o del aire?

El día te rehusa. Tu presencia te oculta.

Me sumerjo en la noche de la arena

Por si fueras verdad, por si existieras.

Tan profunda es la arena como el cielo.

Te quise al resplandor de una campana.

Vuela ciega, sin ti, la arena desatada.

Un vendaval deshoja su carrera.

¿En qué mundo estaremos?

Que se apaguen nuestros pasos y mi cuerpo se borre.

No hay sabiduría en nuestros brazos.

ENTRE un deseo y otro,
Entre un vaso y otro vaso,
Entre tú y yo pasan
Las veloces aguas.
Y tu rostro, tu rostro
Sólo puedo verlo borrado,
Alterado por aguas,
Entre un deseo y otro,
En el fondo del vaso,
En las veloces aguas.

UN ANGEL que no es un mensajero,
Un ángel duro que cruzó las puertas,
Ángel de mármol cuya voz ordena
Y cuyos ojos ya todo lo vieron.
El cuerpo herido en él halla consuelo
Aunque de sed el seguidor se muera.
La inocencia del ángel no se enturbia
Porque una selva brota de su aliento.
¿Cuál es el ángel, cuál es el perverso?
¿Cuál es el débil, cuál el que pelea?
¿O son iguales en la sombra húmeda
Del país que atraviesan paralelos?
¿Es posible que el ángel, el guerrero,
Rompa sus alas sobre el que desea?
¿Quiere Tobías consumir su prueba
Sin que las alas lo derriben, ciego?
Los ojos tiemblan, únense los dedos,
Búscanse los alientos y se niegan,
Mas si las alas trémulas se acercan
Los dos se juntan en quemante vuelo.

RECUERDO haber mirado lentamente
Una flor que empezaba a abrirse.
Nadie sabía cómo iba a ser
Mientras el cáliz se hinchaba
Y resplandecía en su secreto
La rosa futura jamás pronunciada
Que sólo a ella se pertenecía.
Vi la rosa. Me detuve ante el polen.
Abejas se doraban con él.
Volví entonces a jugar con el aire.

PARA QUE NO TODO decline,
Para que el sol nunca se muera,
Vuelve.
Tuya es la tierra. Mírala.
Presintiéndote, contemplo mis manos.
Habrán de acariciarte.
Habremos de andar juntos
Cuando la noche tienda su red.
Iremos por un sendero que entristecen pinos.
Tú te alejas, huyes en la oscuridad.
El vacío vertido de la altura
Te inunda entre sus ondàs.
Pero tú huyes en la oscuridad.
Una ola dispara blancas flechas,
Se llenan de agua verde las palmeras.
Hasta la luna, llena, colma a la llanura,
Cada una en su sitio en esta tierra.
Sólo tú huyes en la oscuridad
Y más inútil que ayer es que hoy te diga:
Para que no todo decline,
Para que el sol nunca se muera,
Vuelve.

NO PUEDO tener dios

Sin hacerlo morir.

No puedo estar en mí

Sin hacerme morir.

Una piedra de sol

Arde en mis manos.

No puedo tener dios

Sin hacerlo morir.

Mis acciones son muerte

Que me deja de pronto

Colmado de riqueza.

No puedo tener dios

Sin hacerlo morir.

NO ES HORA de llegar

Ni de partir,

Mediodía

De un largo invierno.

Ojos de mercader ocioso,

De ostra varada.

Rosa sin despertar,

Anclada, indiferente,

Descansa la copa

Frente al fuego,

Transparente, indecisa,

Apenas vista,

Mientras la leña muere

Tendida en el arca

Y los labios esperan

En fuego de cristal

Saciarse.

Cautivo

Cautivo soy del sol,

Cautivo de la luna.

Me desgastas y giras

Como arena en el páramo.

Soplas en el oído

Y el que no oye tu soplo

Es olvidado.

Mas el que te acoge

Se devora.

Cautivo soy del sol,

Cautivo de la luna.

Las lámparas desatas,

Abrillantas el velo del mar

Y el mismo que nos crea

Nos destruye.

Cautivo estoy del sol,

Cautivo de la luna.

GASTÓ el mar mi mirada.

Mis ojos están ciegos

De inmovilidad.

Hierve a mi alrededor

Descalzo frío.

Sobre mi cabeza giran

Esferas transparentes

Que se alternan

A uno y otro lado del vacío.

El mar me arroja flores desgarradas.

Velo en el centro

De un jardín de aguas.

Los días se levantan

Con ojos irisados.
Indiferente,
Respiro el oxígeno
Que brota de la luna.
El mar se agita
Brilla la arena
Muere un pez.
Yo miro
Hacia una hoguera helada.

Dos se juntan,
Arena junto a ola,
Arena sola,
Agua sola.
Dos que de lejos,
Lejos
Agonizan en mí
Para una
Muerte sola,
Vida sola
De arena
Junto al agua.

UN DÍA NOS IREMOS
De este mundo a algún otro.
Un día nos iremos
Sin saber, sin destino.

Nos iremos un día
Del viejo mundo al nuevo.
Nos iremos un día,
Cada uno consigo.

Un día nos iremos.
Un día tú, yo en otro.
Un día nos iremos
Para no vernos nunca.

Nos iremos un día,
Sin memoria, desiertos.
Nos iremos un día
Tú y yo por el viento.

CADA COSA ME ATRAE
Con su belleza ajena.
Cada rostro me muestra
Lo que da y lo que niega.

Tu cuerpo se me escapa,
Tu cara se me borra.
Me das sólo una mano
Y me hurtas la otra.

No sé cuándo me buscas
Cuando tu voz me llama.
El sol nos halla juntos,
La luna nos separa.

Cuando vea a la tierra
Toda entera de día,
Descubriré anhelante
Tu faz desconocida.

ESTA NOCHE ESTAMOS JUNTOS

En playas sin sol ni luna.

Nunca más reviviremos

Esta noche sin fortuna.

Nuestra fortuna quiso

Que llegáramos al cabo

A un cabo de tempestades

Que no condeno ni alabo.

¿Esta noche estamos juntos?

Si tú escribes, yo respondo

Y respondo con herida

Que trae sangre del fondo.

¡Esta noche estamos juntos!

Yo no respondo, tú escribes.

El mar corrige su arena

Y bien sé lo que recibes.

UNA NOCHE está llena de temblor y promesas.
Mas no basta mirarse ni acostarse ni hablar.
Los labios sedientos no bastan
Ni la ebriedad oscura del abrazo.
Dos estatuas unidas no podrían ser dios.
Hay en nosotros otra sed olvidada,
Una palabra que jamás pronunciamos,
Nuestro perdido bien. ¿No quieres
Que lo busquemos juntos en el fondo del mar?

TAMBIÉN te amé en el yermo de Arizona
Y en la hondonada azul del Colorado.
También te amé escuchando el desenfreno
De la *machine a sous* llena de fuego.
Recordé tu mutismo sin sorpresa
Y escuché en tu lugar al disco ocioso
Cantar una canción con algo tuyo.
De pronto sobrevino un gran silencio
En el mesón cromado. Todos fuman.
Ya se acabó la música en la máquina.
Afuera del hotel, sin nadie, llueve.
Vuelve a sonar la música apagada
Y con ella te amo una centésima
Vez, oyendo tu silencio, medusa
De ese golfo profundo en que nos vemos.

I

Descansa libremente sin cuidados la tierra
 Cuando el azar le ofrece un río cristalino.
 Su negra llama se cambia en onda fresca
 Como sordo gusano en mariposa en vuelo.
 Azogada y sinuosa, la golondrina deja
 Sorprendido al salmón que la cree su sombra
 Cuando en el vuelo nubla su veloz transparencia.
 Lentamente respira, sin suspirar, el agua.
 Sin la urgencia del mar, se demora, se queda,
 Dueña del tiempo, hundida en sueños matinales,
 Tranquila como un árbol y como el cielo, tersa.
 ¿Para qué conmoverse? ¿Qué agitación, qué vértigo
 Valdrán más que este río que no acaba ni empieza?

II

Onda clara y unida como una pupila,
 Ojos del sosegado verano de la tierra,
 El río avanza en calma a la unidad marina.
 Hoja y pez se extasían en esta muerte viva.
 Lo que el azar amarra el mismo azar lo suelta
 En el agua que roba su claridad al día
 Y sigilos celestes en la noche refleja.
 Onda clara y unida como una pupila,
 Ojos del sosegado verano de la tierra.

III

Como pastor que guía a su rebaño
 A la fuente del agua cristalina,

La tersa luz que apacentando al día
Da bebida a las horas con su canto,
Alcanza ahora su perfecto estado
En libélula azul y golondrina,
En líquido reflejo, musgo y linfa
Y en fija claridad, nube de mármol.
Todo ahora por fin logra descanso.
Zumba la abeja inmóvil en su prisa
Y el árbol sabe que su calma es dicha
Cuando la luz, al mediodía, es canto.

IV

El vogui vogui con su andar trezado
Al arrayán le cuenta su secreto.
Plumilla blanca y cáliz encarnado
Encrespan de espesor al aire quieto.
Pluma de bodas, beso apasionado,
Cándido estambre y fuego de espesura
Que amor en selva fría ha encadenado,
Cristalizada luz y llamarada oscura.
El ulmo suspendido sobre el río
Cargado de siringas festivas
Canta las nupcias del verano ardiente
Con el agua feliz y no remada.
Vogui vogui y pellín se dan la mano
Sobre húmeda tierra y musgo frío.
Lámpara transparente y tronco erguido
Juntan su luz, su fuego y su descanso.
Crespo follaje y sangre sin herida
Alimento le dan al fiel ramaje
Que en libertad la atmósfera reparte
Para que ondule en paz la flor cautiva.

V

Quién viviera y muriera
 En el bosque sonoro,
 Bosque hervidor y vivo
 Que airea su tesoro.

Quién viviera y muriera
 Cogiendo moras
 En colina herbosa.

Quién viviera escuchando
 Bandurria sorprendida
 Y vergonzosa.

Quién viviera mirando
 Un vuelo de vilanos.

Quién viviera sin hora,
 Atento solamente

A la pausada aurora
 Y a la rápida mosca

Que zumba al mediodía.

Quién fuera tan feliz
 Como el diente de león
 O el llantén siete venas.

Quién viviera y muriera
 En el bosque sonoro.

VI

Tendido en la colina
 Con el sol a la espalda
 Todos mis males sanan.
 La tierra engendra bosques,
 Se alimenta y descansa
 Y mi nostalgia sana.

La cigarra me cuenta
Su dicha que no pasa
Y mi desdicha sana.
El viento hincha la vela
De la goleta blanca
Y mi fatiga sana.
El sol ofrece mieles
Al fruto de la zarza
Y mi amargura sana.
Tendido en la colina
Con el sol a la espalda
Todos mis males sanan.

VII

Redondeada colina
Sobre pausado río
Quisiera acariciarte
Y escuchar tu latido.
Lisa colina umbrosa,
Tú no tienes destino.
Me dices que no mudas
Si acerco a ti el oído.
Cómo poner las manos
Sobre tu pecho fijo
Para cogerte viva
En hondo torbellino.
Redondeada colina
Sobre pausado río
Quisiera acariciarte
Y escuchar tu suspiro.

VIII

Los hombres hacen la trilla
Del denso trigo barbón
Sobre dentada colina
Vecina a un mar sin hervor,
Mar tranquila, mar tranquila,
Cosecha sin sembrador,
Mar dormida en cada vela
De su barco pescador.
El hombre toma los peces
Que el mar para él sembró
Y en la era donde giran
Las bestias que el sol unció
Recoge a puñados trigo
En un dorado temblor.
Verde península erguida
Sobre la mar sin pasión,
Azul absoluto, azul
De cielo y mar temblador,
Dadnos tierra labrantía,
Dadnos gesto sembrador,
Un mañana sin naufragios,
Arado, vela y verdor.

IX

El lagarto en la orilla
Disfrutaba del sol
Tendido sobre un alga
De balsámico olor.
Pececillo en el agua
Gozaba del color

Jacinto fiel del cielo
Tendido sobre mullido
Arroyo saltador.
Araña en la ribera
Columpiaba su tela
Desde la sombra al sol,
Tendida sobre fragante
Hojuela de verbena.
Araña, pececillo
Y lagarto burlón,
Vivid el resplandor
Del entero verano,
Que mañana cautivo
De las heladas horas
Nuestro buen Padre Sol
Ya no tendrá lagarto,
Pececillo saltón
Ni araña tejedora.

UNA MUJER sentada frente al río.
 Su mirada descansa en el ocio del agua
 Gastada como piedra encontrada en la playa.
 El río demoroso no se va ni se queda.
 Respira verde umbrío de mediodía y sueño.
 Las manos arrugadas de la mujer descansan.
 Su fatiga se vuelve movimiento de barcas.
 El cuerpo se hace manso como el agua que brilla,
 Quieto como la encina, liviano como el día
 Que ha regalado el río a la mujer cansada.

MIENTRAS MÁS CONOCIDO más extraño,
Laurel de fuego, párpado cerrado,
Fiel guerrero traidor, pez de extremado
Silencio. Primavera de árboles heridos
Que al verano no llegan. Ido, venido,
Azogue del invierno. Espejo abandonado
Sobre inmóvil arroyo. Equivocado,
Ojos te ofrezco y ceguera, sonriendo,
Libre de amor, lejano, me devuelves.

